

ridiculeces : esto no obstante se les acrimina á estos infelices , perpetuamente exasperados y oprimidos , el que se muestren indiferentes con sus amos , que los sirvan maquinalmente , y sobre todo que solo el interes los anime. De esta manera se trabaja de continuo en irritar y comprimir los corazones de los miserables criados ; se los degrada con una insultante altivez , se los recompensa muy mal , y sin embargo ; se quejan los amos , que son desapegados , viles é interesados ! Aprendan , pues , los amos , y no olviden jamas , que la bondad sola gana los corazones , que el que trata á sus criados como á hombres , puede inspirarles pensamientos honrosos ; que quien los recompensa convenientemente , los enseña á pensar con nobleza : y en fin , que los buenos amos son los que pueden solamente formar criados buenos y fieles , y que estos , á pesar de su destino y servidumbre , son muy dignos de estimacion y aprecio.

Si la servidumbre voluntaria fuese un justo motivo para despreciar á los hombres ; como debiera mirarse la servidumbre de los cortesanos , tanto mas afrentosa cuanto los que se someten á ella no lo hacen precisados de la necesidad de subsistir , y cuando deberian tener por su clase un corazon mas elevado é incapaz de envilecerse y abatirse ? Sin embargo , arrastrados del mas vil interes , los vemos avillanarse y rendirse servilmente á los pies del crédito y

la autoridad , afanarse en consagrar al poderoso los mas bajos servicios , y sufrir con humilde resignacion injurias y baldones que no sufriria quizá el mas ínfimo criado.

Compadecemos , en fin , de los hombres infelices y desventurados ; mas no despreciemos sino á los que con su conducta envilecida se hicieren despreciables.

CAPITULO VII.

De la Conducta en el mundo , de la Urbanidad , del Decoro , del Talento , de la Alegria , del buen Gusto.

CONSIDERADOS los deberes que cada estado impone á los hombres en las diferentes posiciones en que pueden encontrarse , nos resta todavía examinar lo que se deben los unos á los otros en la vida comun del mundo , esto es , la conducta que los hombres están obligados á seguir para hacer el trato ó comercio de la vida agradable y tranquilo , y las cualidades que deben adquirir ó poseer , para merecer y conservar la estimacion y afecto de aquellos con quienes pueden tener relaciones permanentes ó pasajeras.

El comercio de la vida nos enseña con mas ó menos prontitud que medios debemos emplear para merecer la benevolencia de las personas

con quienes vivimos habitualmente, ó que el flujo y reflujo de la sociedad nos presenta; reflexionando sobre lo que exigimos de los otros para estar contentos y satisfechos de ellos, pronta y fácilmente descubrimos lo que debemos hacer para que ellos lo estén de nosotros. He aquí el origen natural de la *Urbanidad*, la cual, como hemos visto, es el hábito de mostrar á las personas con quienes vivimos la atención y consideraciones que les son debidas.

El hombre no nace civilizado; pero lo es por medio de la educacion, de los preceptos, del ejemplo, de su propia esperiencia, sus reflexiones sobre los caracteres de los hombres, y en una palabra con *el uso del mundo*: todo le prueba que para ser feliz es menester agradar; y conoce bien pronto que para conseguirlo, es preciso conformarse con las ideas y convenciones de los que viven en su compañía, consultar su amor propio ó su vanidad siempre activa, y manifestarles aprecio y estimacion, ó á lo menos consideracion. Todo hombre, como que se ama á sí mismo, quiere que los otros adopten estas mismas ideas; y por estos deseos, bien ó mal fundados, juzgan de aquellos con quienes tienen relaciones.

La urbanidad ha sido muy bien definida por un moralista moderno *la demostracion ó imitacion de las virtudes sociales*. La urbanidad, dice este autor, es demostracion si es verdadera, é imitacion si es falsa. Las virtudes sociales son aquellas que

nos hacen útiles y agradables á aquellos con quienes vivimos; un hombre que las poseyese todas, seria necesariamente urbano y cortes en sumo grado (1).

Algunos moralistas melancólicos confunden la urbanidad verdadera con la falsa; ó bien, haciéndola consistir únicamente en formalidades incómodas y minuciosas, en señales de aficion y de aprecio equívocas y poco sinceras, en espresiones hyperbólicas introducidas por el uso, la proscriben injustamente, y anteponen á ella una rudeza grosera y salvaje, que han calificado de *franqueza*: mas en la vida social la urbanidad es una cualidad necesaria, pues que sirve para advertir y recordar á los hombres la consideracion que unos á otros se deben, y las atenciones y cortesías con que, por sus mutuos intereses, están obligados á tratarse entes que necesitan verse y hablarse de continuo.

Guardémonos, pues, de vituperar imprudentemente los usos, convenciones, fórmulas y demostraciones siempre útiles, que nos recuerdan lo que debemos á nuestros semejantes, y pueden conciliarnos su benevolencia: conformémonos con estas costumbres, cuando no son contrarias á la probidad: sometámonos á prácticas que no pueden ser violadas sin una falta de atencion y decoro, y cuya omision nos acarrearía la nota de vanos, rústicos y hombres

(1) *Considérations sur les mœurs*, par M. Ducloux.

singulares, haciéndonos desagradables ó ridículos.

El menosprecio de las reglas de la urbanidad y usos del mundo, anuncia ciertamente un necio orgullo, siempre insultante y ofensivo. No someterse á las costumbres adoptadas por la sociedad, es una resistencia impertinente y vituperable. Todo hombre puede pensar como quiera; mas no puede, sin faltar á sus asociados, eximirse de las reglas generales, y sustraerse á la autoridad pública, cuando esta no prescribe cosa contraria á las buenas costumbres. Respetemos al público, sigamos sus usos, y temamos desagradarle con la inobservancia de signos y demostraciones exteriores, que por una convencion general manifiestan la benevolencia, afecto, estimacion y respeto, ó si se quiere, la indulgencia y humanidad que todos debemos á las flaquezas y debilidades de nuestros semejantes.

Si debemos respeto y consideracion á las criaturas de nuestra especie, la urbanidad, de consiguiente, es un acto de justicia y humanidad. El desconocido y el extranjero tienen derecho á los indicios de la benevolencia universal, debida á todos los hombres en razon de que, si el acaso nos transportase á un pais desconocido, desearíamos encontrar en sus habitantes señales y demostraciones de hospitalidad, benevolencia y humanidad. Sin embargo de esto muchos hombres que pasan por

corteses y bien educados, parece que olvidan ó desatienden estos deberes, pareciéndoles que nada deben á las personas desconocidas. En espectáculos, en paseos, en funciones y parages públicos se ven muchas gentes comportarse con tal descortesía con una falta de crianza y grosería tan estrañas y chocantes, que les dan motivos de arrepentirse de ellas en fuerza de las reconvenciones y consecuencias muchas veces funestas que les ocasionan. No se deben, pues, ni desatender ni menospreciar las señales y demostraciones debidas á todo el mundo, si semejantes demostraciones no siempre son sinceras, á lo menos prueban que en todas las naciones civilizadas existen ideas de lo que los hombres se deben los unos á los otros, aun cuando no estén íntimamente unidos.

La urbanidad franca y sincera es la que proviene de los afectos de cariño, respeto y estimacion que excitan en nosotros las cualidades eminentes que notamos en las personas con quienes usamos de la demostracion de estos afectos. Es cierto que no podemos sentirlos con relacion á todo el mundo, pero tambien lo es que con todo el mundo estamos obligados á usar de bondad, benevolencia y humanidad. A veces nos vemos en precision de mostrar respeto y consideracion aun á la misma perversidad poderosa, porque nuestra conservacion exige que no ofendamos á los que podrian dañarnos; estas consideraciones que les testifi-

camos, son efectos del temor, el cual escluye enteramente el amor.

La estimacion es un afecto favorable, fundado en cualidades que consideramos útiles y agradables, que nos aficionan á los que las poseen; así que es una disposicion á amarlos y á unirnos estrechamente con ellos. El desprecio es un efecto de aversion que suscitan las cualidades inútiles ó vituperables. El desprecio es insoportable á los que le causan, porque en cierto modo los escluye de la sociedad como inútiles. Uno puede muy bien ser estimado sin ser querido; mas ninguno puede ser sólida y sinceramente amado sin ser apreciado. Las aficiones y cariños que tienen por base la estimacion, son los mas sinceros y permanentes.

La consideracion es un afecto de aprecio mezclado de respeto, y excitado por cualidades no comunes, acciones grandes y nobles, ó talentos raros y sublimes: tener consideracion á uno, es testificarle una atencion particular por las cualidades que le distinguen de los otros. Se ve, pues, que la consideracion solo es debida á la grandeza de alma, á los grandes talentos, á la virtud.

Comunmente se dice que es una falsedad demostrar cortesía, aprecio y consideracion á hombres que no merecen nada de esto; mas nosotros debemos atencion y respeto á todos aquellos á quienes la sociedad respeta únanimente; y, ademas de que no somos sus jueces,

seria imprudencia despreciar á la perversidad, cuando esta tiene poder para dañar; es menester huir cuanto se pueda de los perversos, y si el acaso ó la necesidad nos los presenta, es menester no provocarlos con nuestra conducta, sino temerlos: cuando en este caso nos sometemos á ellos, nuestra conducta no es mas que la manifestacion de nuestro miedo. Solo el hombre de bien es quien tiene derecho á los homenajes del corazon, al sincero afecto, al aprecio y á la verdadera consideracion; los perversos constituidos en poder y dignidad, deben contentarse con las señales exteriores. El desprecio es insoportable aun á los hombres que son mas dignos de él. Quanto mas conocen los perversos el desprecio que se merecen, tanto mas se irritan con el que se les manifiesta.

Las señales de respeto son debidas al poder; la consideracion que el temor, ó las convenciones de la sociedad, ó nuestro deber nos obligan á tener á nuestros superiores, ó á las personas que ejercen sobre nosotros una autoridad bien ó mal fundada, se llama *respeto*. Un hijo debe respetar á su padre, aunque este sea injusto. Un ciudadano respeta á los príncipes, á los grandes y hombres en dignidad, aunque sean perversos, porque sino se espondria por una necia vanidad á las consecuencias de su resentimiento. El respeto, como que va mezclado de temor, cuesta siempre mucho al amor propio de los hombres, ofendidos ó molestados

comunmente con la superioridad de los otros. Si las señales de respeto son lisongeras y halagüeñas para el que las recibe, porque le recuerdan é indican su poder y grandeza, tambien disgustan é incomodan al que las usa, porque le advierten de su flaqueza é inferioridad. Hé aquí porque nada es mas raro que encontrar inferiores sinceramente apegados á sus superiores; estos por lo comun hacen sentir á sus favorecidos toda la distancia que establecen entre ellos la elase y el poder.

La consideracion que mostramos á nuestros iguales se llama *urbanidad*, *cortesía*, *buen crianza*, aunque no les profesemos verdadero cariño; esta es una moneda corriente, que cada uno da y recibe por lo que vale. La vida social pide que se use de buena crianza con las personas indiferentes, y como ademas nosotros la exigimos de ellas, es visto que semejante conducta está fundada en justicia.

Las demostraciones de consideracion son debidas al mérito, á los talentos raros y útiles, y á las virtudes. Las de amor y ternura lo son á la amistad. La atencion que tenemos con nuestros inferiores, se llama *bondad*, *afabilidad*. Debemos usar de estas demostraciones, porque este es el medio de conciliarlos su afecto, el cual nunca puede ser indiferente al hombre de bien; este se avergonzaria de deber al temor los respetos y homenajes que desea obtener del corazon. Los indicios de benevolencia

universal

universal son debidos á todos los hombres, porque son nuestros semejantes. Enfin, para un corazon sensible no hay cosa alguna mas digna de atencion y respeto que la miseria: á los desgraciados todos debemos, á lo menos, consolarlos.

Cuando los ricos y grandes señores saludan con afabilidad á un infeliz, le muestran de este modo que tienen humanidad, que no le desdennan, que le aprecian y le quieren bien. Nada seria mas conforme á la sana moral, que enseñar á los niños opulentos á no despreciar nunca á sus inferiores; asi se harian dignos de su amor, y evitarián el odio y envidia que la indigencia concibe naturalmente contra los afortunados y felices, pasion que el orgullo acrecienta é irrita. ¿Nó les basta á los hombres ser infelices y miserables, sin hacérsele sentir todavía mas cada momentc?

La educacion deberia preservar á los grandes de esa vanidad altiva y desdeñosa que, lejos de inspirar amor y confianza á los que la sufren, los desvia, los ofende, y anuncia la distancia en que el orgullo quiere mantenerlos. Semejante urbanidad suele ser mas irritante y molesta que un insulto manifiesto. *Los grandes, dice un moderno, que aburren y fastidian á los hombres á fuerza de cortesías sin bondad, merecen que se les aburra y fastidie á fuerza de respetos sin cariño.... La cortesía en los grandes debe ser humanidad; en los inferiores, gratitud, si los grandes*

Tomo III.

I

la merecen ; en los iguales, aprecio y servicios recíprocos (1).

Los habitantes de la corte son ordinariamente mas urbanos , porque están acostumbrados al temor de lastimar el amor propio de los que pueden servirlos ó perjudicarlos en sus proyectos : y saben ademas que algunas veces el hombre mas despreciable puede poner obstáculos á sus deseos. Por otra parte los grandes suelen ser corteses , con el fin de ser así mas respetados , ó para advertir á sus inferiores de la sumision que esperan de ellos.

El deseo de servir y obligar debe ser contado en el número de las cualidades mas á propósito para conciliarlos el cariño en la vida social. Esta disposicion dimana visiblemente de la benevolencia y los socorros que debemos á los que son de nuestra especie. De este modo el hombre atento , cortés y oficioso adquiere derecho al aprecio y cariño de los demas. El hombre que emplea su crédito y poder en sacar del olvido al mérito ignorado , reparar las injusticias del destino , prestar socorros á la humanidad , es un verdadero bienhechor , digno del reconocimiento de todo buen ciudadano. Aunque el deseo de servir no produzca semejantes efectos , siempre es agradable en el comercio de la vida ; porque nace de la complacencia y urbanidad , que nos inclinan y aficionan á los

(1) Véase la Obra citada , *Considerations sur les Mœurs*.

que pretenden complacernos. Mas el deseo de servir , lo mismo que la beneficencia , no debe jamas ejercitarse á costa de la virtud. Servir y obligar á malvados es dañar á la sociedad , y aun á sí propio muchas veces. Servir á los viciosos en sus desarreglos es hacerles un mal verdadero. Prestar auxilios á la iniquidad es hacerse cómplice de ella. La debilidad de servir ó complacer á personas inútiles ó perjudiciales es una cobarde adulacion. Una urbanidad excesiva , una complacencia imprudente y comun , una oficiosidad indistinta , producen muchas veces tantos males en el comercio de la vida , como la descortesía y brutalidad.

Por grande que sea la familiaridad en que los hombres vivan entre sí , la urbanidad debe siempre acompañarlos : es el amor propio tan fácil de ofenderse , y la vanidad tan propensa á irritarse , que siempre es necesario usar de precaucion con ellos. Nuestros amigos nos dispensan gustosos de las incomodidades y fórmulas comunes de la urbanidad y etiqueta ; pero nuestros amigos no pueden consentir en que se los desprecie. Nada es mas cruel que el desprecio de parte de aquellos á quienes amamos , y de los que queremos ser amados. Asi la amistad , aunque no guste de *complimientos* ó indicios exteriores de urbanidad y cortesía , exige siempre los afectos sinceros que anuncian estas demostraciones. Las chanzas y burlas picantes , los dichos y conversaciones indis-

cretas, que á la familiaridad parecen permitidas, son las causas comunes de los rompimientos, disensiones y riñas que se ven en la sociedad.

El amor propio, que siempre nos adula, y el atolondramiento que no ve las cosas como son en sí, hacen que muchas gentes presuman demasiado de la amistad de las personas que tratan con frecuencia, porque ignoran hasta que punto podemos familiarizarnos con ellas sin riesgo de ofenderlas. Fácilmente se supone que todo es lícito con los que se llaman *íntimos amigos*, siendo así que estos pretendidos *amigos* no tienen con nosotros mas amistad que una benevolencia general, que nunca debemos confundir con la verdadera amistad. El mundo está lleno de necios presumidos que se hacen desagradables á los que aun no conocen lo que era menester. *No sabía yo que éramos tan amigos*, decia uno á un necio que presumia demasiado de su afecto y cariño: *no seáis tan franco*, decia otro á uno que gastaba con él unos modales demasiado familiares. Un poco de reflexion ¿no debiera mostrarnos que hay ocasiones en que un amigo el mas querido puede incomodar á su amigo?

La misma union conyugal, para mantenerse en su fuerza y vigor, no dispensa á los esposos de las atenciones que demuestran su aprecio y el deseo de complacerse. En público, los esposos que sean discretos respetarán mutuamente

su amor propio, y cuidarán de no faltar uno con otro á estas consideraciones que acreditan su concordia y cariño. Hay gentes imprudentes é inconsideradas, que se rehusan á manifestar su buen afecto á las personas cuyo amor tienen tanto interes en conservar. La sociedad está llena de esposos que no se distinguen sino por sus malos modales, de padres que tratan á sus hijos sin ningun apego ni atencion, de amigos que se persuaden que todo les es permitido con sus amigos, y de amos, en fin, que no pueden hablar bondadosamente y con ánimo sereno á sus criados. Asi sucede que los hombres que viven con la mayor familiaridad llegan regularmente á detestarse.

Los miramientos y buenos modales nunca son importunos ni perdidos; los diferentes modos de espresarlos con la conducta y las palabras, sirven de mantener en los corazones de los hombres las disposiciones necesarias á su reciproca satisfaccion. Jamas estamos satisfechos y contentos con los que nos dan á entender que no nos miran y respetan como quisiéramos nosotros.

Aun á las personas enteramente desconocidas debemos ciertos miramientos y consideraciones. Un hombre verdaderamente sociable debe abstenerse de ofender á cuantos la casualidad le presente. Este desconocido puede ser un hombre de gran mérito ó clase distinguida, y tener que arrepentirse despues de no haberle mos-

trado la atencion que era justa. No hay quien no se avergüence de haber tratado con ligereza y poco respeto á una persona desconocida , cuando luego llega á saber que era un personage respetable. Ademas , el hombre de bien , siempre animado de la pasion de la benevolencia universal , desea demostrarla aun á los que solamente habla de paso.

Así los miramientos debidos á la sociedad nos prescriben miramiento y urbanidad aun con aquellas personas con quienes no hemos tenido ni tendremos union particular. Nada es mas impolítico ni impertinente que las miradas de curiosidad é inatencion con que muchos hombres , que se tienen por bien criados , fijan sus ojos en las mugeres , en calles , en paseos y parages públicos. La buena educacion y la decencia debieran ciertamente enseñarnos que no es justo ofender con ojos poco honestos la modestia de un sexo á quien el nuestro debe respetar , ó no sonrojar por lo menos.

En general el hombre de bien debe contraer el hábito de no ofender á nadie. Por no observar una regla tan sencilla ; á cuantos peligrosos inconvenientes no se esponen á cada paso una multitud de imprudentes ? Al ver el modo con que muchos se comportan en público con los que la casualidad les presenta , no parece sino que un desconocido es para ellos un enemigo con el cual quisieron pelearse. De aquí nacen encuentros imprevistos , cuyos resultados son á

veces muy serios entre personas poco dispuestas á sufrir las miradas insultantes ó los modales poco comedidos de los que encuentran al paso ; Y qué ! ¿ serán vergonzosos los miramientos que entre sí se muestren unos mismos conciudadanos

El medio mas seguro de vivir bien y felizmente con los hombres , es manifestarles encuan to sea posible , que les tenemos el afecto que piensan merecer de nosotros : y nunca es vituperable que les sacrifiquemos una parte de nuestro amor propio ; mas vale , en general , pecar por exceso que por defecto en estas cosas. Mas la vanidad del hombre es tan mezquina y pobre , que teme privarse á sí misma de lo que concede á los otros ; so pretesto de evitar la bajeza y adulacion , se rehusa muchas veces á una inocente condescendencia con las debilidades humanas , á las que una verdadera grandeza de alma se prestaria sin repugnancia. Nunca es bajeza demostrar indulgencia ; por el contrario , es una señal de grandeza , cuando de su facilidad no resulta ningun mal. Siempre es razonable ceder á la fuerza (1) , y generosidad someter su amor propio al de un hombre que por otra

(1) Los Lacedemonios , que no eran hombres bajos ni débiles , nos han dado un bello ejemplo de la indulgencia que puede y debe tenerse con la locura de los grandes. Habiendo tenido Alejandro la pequenez de pasar por hijo de Júpiter , y por Dios , quiso ser reconocido por tal en todos los estados de Grecia ; los Lacedemonios sobre esto dieron este decreto verdaderamente lacónico : *Pues que Alejandro quiere ser Dios , séalo en hora buena.*

parte puede tener algun mérito, ó al de un amigo que á vuelta de sus defectos puede tener muchas cualidades apreciables. Si en el comercio de la vida se obstinase el hombre en apreciar á los demas por lo que rigurosamente valen, á cada paso estaria en discordias con todos.

Muchas personas tienen por punto de honor usar en el comercio de la vida de una severidad que los hace molestos y desagradables. Dicen que son francos, que no son aduladores; al paso que en el fondo son realmente vanos, groseros, pequeños, malignos y envidiosos en el mas alto grado. *La virtud*, dice Horacio, *consiste en un medio entre dos vicios opuestos, igualmente distante de sus extremos* (1). En efecto, un alma verdaderamente noble y generosa no teme envilecerse con su fácil indulgencia, ni se avergüenza de dar á los otros mas de lo que pueden exigir. Solo una vanidad inquieta y orgullosa es capaz de pesar en una rigurosa balanza lo que ha de conceder ó negar á los otros. Todo sacrificio del amor propio cuesta infinito á las pequeñas almas; estas únicamente miran como importantes las puras bagatelas, y queriendo ser urbanas y corteses con extremo, se hacen odiosas, molestas é impertinentes.

De aquí esa continua lucha entre las vanidades del mundo. Los hombres vanos temen

(1) *Virtus est medium vitiorum, et utrinque reductum.*

Horat. Epist. 18. lib. 1. vers. 9.

pasar del coto y degradarse con la indulgencia que muestran á los otros. Los grandes afectan un desprecio estudiado con el sabio ó literato con quien desean recrearse, mas sin consentir que sus talentos los acerquen mucho ó los igualen á ellos: el hombre de calidad pretende que el hombre de mérito, mas no de illustre sangre, *ocupe siempre se lugar*. El trato que por miras particulares se entabla entre la nobleza indigente y la clase opulenta, no es ordinariamente sino una guerra de dos vanidades igualmente ridículas. Las gentes de oficina y los literatos tienen á veces la vanidad de tratar con los grandes que desprecian á entrambos, y piensan engrandecerse con unas conexiones que antes bien los degradan, puesto que los grandes, de quienes locamente se figuran amigos, los miran como á hechuras suyas, como á unos inferiores á quienes se dignan de honrar con su condescendencia. *Los grandes*, decia Diógenes, *son como el fuego, que conviene no alejarse ni acercarse mucho á él.*

Nada es mas prudente ni ventajoso que no salir cada uno de su esfera. Un Arabe ha dicho oportuna y sabiamente, *vale mas no vender, que perder*. El trato con los grandes, nunca ó raras veces puede ser provechoso á los pequeños. Los talentos, y la sabiduría no son nada á los ojos de un hombre de calidad que presume no hay nada comparable al nacimiento: la virtud misma le parece inútil al cortesano, que solo aprecia

lo que puede conducirle á la fortuna : el mérito pierde su valor con los que no le tienen : el hombre de ingenio y de talento se cambia en tonto y necio en la compañía de un necio titulado : el hombre científico forzosamente ha de ser vil y bajo , si se propone agradar á los grandes. El trato frecuente con ellos priva por lo comun á los talentos de aquel noble orgullo, de aquella valentía y libertad que los harian capaces de emprender y realizar cosas útiles y grandes (1).

El hombre de mediana fortuna solo gana en el trato frecuente con la opulencia el deseo de enriquecerse, el gusto del lujo, el amor de la pompa y profusion, y la tentacion terrible de

(1) La vanidad, por lo comun, tiene mas parte que el buen gusto ó el amor de las ciencias, en los favores que los principes muestran á los sabios y literatos. Las *Memorias de Brandebourg* hablan de un soberano fastuoso que instituyó una academia, como necesaria á su gloria, tanto como tener una casa de fieras y todo género de animales raros y estraños. Dionisio el jóven, tirano de Siracusa, se esplicaba con la mayor franqueza sobre este punto; y decia que mantenía en su corte filósofos y literatos, no porque los estimase, sino porque deseaba ser estimado por medio del favor y proteccion que les dispensaba. *Plutarco, dichos notables*. Muchos tiranos y déspotas han favorecido las letras con las mismas miras y designios que Dionisio : de este modo han tenido panegiristas y á veces defensores de sus mas vituperables acciones. Los principes han honrado y distinguido á los astrónomos, geómetras, anticuarios, y sobre todo á los poetas; mas no se ve que hayan apreciado á los filósofos sinceros y veraces. Los beneficios de los déspotas han sido muchas veces un obstáculo á los progresos del entendimiento humano.

arruinarse por no ceder al otro, cuyo fausto le deslumbra : el hombre sabio y prudente no debe salir de su estado ; este es el modo de evitar los disgustos que le causarian las altiveces, las sugestiones y vanidad de los otros. Las locuras del grande son los manantiales de la ruina del pobre ó del de una fortuna limitada. Siempre será mas prudente economizar que exceder sus propias facultades.

Generalmente hablando, es cierto y constante que no puede haber un recíproco y constante deleyte en las conexiones irregulares de la sociedad, ó en las amistades entre personas que se diferencian mucho en su nacimiento, estado y fortuna, ó en sus talentos, genios y carácter. Los que se reconocen superiores en cualquier género, se valen de esta superioridad contra sus inferiores ; de aquí nacen las discordias y odios, frutos necesarios de las altiveces, menosprecios y burlas que comunmente se usan con el que es tenido por inferior. Los pequeños no pueden esperar de los grandes sino desprecios ; y los hombres de un talento sublime desdeñan, á su ejemplo, á los hombres mediocres.

Hay gentes que por ambicion quieren sobresalir en las sociedades que frecuentan ; para conseguirlo prefieren el trato de sus inferiores al de sus iguales, como que de estos no lograrían las mismas ventajas y preferencias. Así que los hombres de talento tienen á veces la flaqueza

de huir de sus semejantes, y gustan del trato de los necios á fin de dominarlos; ¡ poder poco glorioso, ciertamente, el que se ejerce en hombres despreciables! Solo una vanidad pueril puede lisongearse con los homenajes de aquellos que desprecia.

Sean cuales fueren los motivos, es debilidad, bajeza y necedad tratar con frecuencia é intimidad á personas á quienes no es posible querer ni apreciar. Nada mas vil que la conducta de aquellos grandes y poderosos que solo para reirse y burlarse de ellos frecuentan los convites de los hombres de ayer acá. El hombre de carácter y probidad huye del trato frecuente y familiar de las personas poco amables. No visita al hombre vano, porque tendria que sufrir su vanidad; ninguno desconoce tanto sus deberes como un necio enriquecido; ninguno es mas insolente que él cuando está rodeado de pegotes y aduladores. El hombre de bien no frecuenta la compañía del pródigo, porque se avergonzaria de contribuir á su ruina, y aprovecharse de sus locuras: tampoco se asocia intimamente con personas sin honor y despreciables, porque se respeta á sí mismo, y teme deshonorarse á los ojos de los demas hombres.

El mundo está lleno de gentes cuyo trato no puede frecuentarse sin necesidad de disculpa y apología, ó sin explicar uno los motivos de sus conexiones con ellas. Conviene, pues, encuanto sea posible, unirse con personas apreciables,

cuyo trato no sea ruboroso, y que no necesite ni apología ni esplicacion. La casualidad, las circunstancias ó la necesidad pueden ponernos en precision de encontrarnos algunas veces con personas no dignas de nuestro afecto verdadero y sincera estimacion; mas es bajeza y falsedad vivir íntima y familiarmente con personas á quienes es imposible profesar aprecio ni cariño. El adulador y el infame son los que pueden consentir en la continua esclavitud de ocultar su rostro bajo la odiosa máscara de la disimulacion y la mentira.

Cualquier partido que se adopte, el que quiera vivir en el mundo debe prestarse, en cuanto le sea dado, al amor propio, bien ó mal fundado, de los que tratare con frecuencia; y si para esto no tuviere valor absténgase de un trato que no le conviene. El misantropo es siempre un soberbio ó envidioso, cuya vanidad y orgullo se irritan de todo. Vivir con los hombres es vivir con unos entes llenos de amor propio y preocupaciones, á que es necesario suscribir, ó condenarse á vivir en soledad. Nuestro amor propio debe enseñarnos que es menester cerrar los ojos al amor propio de los otros; el hombre prudente y sociable trabaja en reprimir el suyo. La fortaleza, la grandeza de alma y la verdadera nobleza se acreditan en vencer sus propias debilidades y soportar las ajenas. El grande arte de vivir consiste en exigir poco y conceder mucho. Para estar con-

tento y satisfecho de todo el mundo , es necesario hacer que las personas con quienes vivimos estén contentas y satisfechas de sí y de nosotros , objeto que merece seguramente algun sacrificio.

Por el bien de la paz conviene algunas veces pasar por muchas cosas , y no sacar partido de su propia superioridad. Los hombres están perpetuamente en guerra , no por grandeza de alma , sino porque no tienen el valor de ceder. Las corporaciones y los individuos se aborrecen y desprecian , porque no tienen ni las mismas pasiones , ni los mismos gustos , ni los mismos modos de ver y sentir , ni las mismas preocupaciones. Un cortesano ambicioso , un príncipe , un conquistador , miran con desprecio las teorías é investigaciones de un filósofo , como contrarias á sus gustos y preocupaciones : de su parte , un sabio compadece la locura de estos , y observa que una alma grande y elevada nada ve de admirable y sublime sobre la tierra sino es la virtud : los altos cedros le parecen pequeños arbustos al águila que se libra en los aires , y mira desde sus alturas la tierra.

Mas para vivir con los hombres , es menester prestarse á sus opiniones , so pena sino de ser aborrecido de ellos ; lleño cada cual de su amor propio y sus ideas , olvida el de los otros , y no se conforma con la opinion que tienen de sí mismos ; y he aquí el origen y manantial de todas las incomodidades y disgustos de la vida.

El mundo es un espectáculo , en que cada uno piensa ventajosamente en su favor ; y para bien representar uno su papel , conviene que deje y cada cual representar el suyo. El papel del hombre de bien es ser paciente , generoso , indulgente , y reprimir en el fondo de su corazon los ímpetus de cólera é indignacion , que sin corregir á nadie , le harian infeliz. El humor negro no harian mas que producirnos turbacion é inquietudes , y condenarnos á ser aborrecibles á todos aquellos con quienes debemos vivir en paz.

No por las locuras de los hombres ha de reñir el sabio , y ponerse en guerra continua con el género humano. Bien es cierto que en su interior se rie de ellas , pero se presta sin embargo á los juegos pueriles de aquellos en quienes la razon no se ha manifestado todavía : sabe que una amarga censura no puede contener el torrente de la moda y las preocupaciones. Sumisos á los usos honestos del mundo , de los cuales no somos ni árbitros ni reformadores , y esperando que el espíritu humano se desate y desprenda de los andadores de la preocupacion , dejemos á cada uno el lugar que la opinion le asigna ; usemos de atencion y consideraciones con nuestros semejantes , no los aflijamos con una conducta altiva y arrogante , que haria inútiles las lecciones de la sabiduría. El filósofo sincero y veraz manifieste , sí , en sus escritos la verdad sin nubes , porque así es útil y nece-

sario para la sociedad; mas, pues vive en el mundo, atienda y consulte la debilidad de los mortales; sea indulgente con sus conciudadanos, y no declare una sangrienta guerra á todos sus deseos; respetuoso con sus superiores, urbano y cortes con sus iguales, y afable con sus inferiores, no se arrogue jamas el derecho de chocar y combatir con cuantos ia casualidad le presente; frecuente y estadie al mundo, y no tenga por mérito huir de él; no viva íntima y familiarmente sino con personas escogidas, cuyas ideas, disposiciones y costumbres confronten con las suyas; á estas solamente franquee su corazon, y con ellas laméntese de los caprichos y las tristes locuras que sacrifican á su patria, y de las insensatas opiniones en que tantas gentes cifran su bien y su felicidad; mas sepa al mismo tiempo que el cinismo, la misantropía, el mal humor y singularidad son enteramente incapaces de corregir y desengañar á los hombres.

No toques, dice Pitágoras, indiferentemente tu mano con la de todo el mundo (1). Este precepto tan sabio parece que está ignorado de esas confusas asambleas que cunden por todas partes. Aunque el hombre sociable no se halle autorizado para hacer en la sociedad el papel de

(1) Este es el undécimo de los simbolos de este filósofo. Se halla tambien en el tratado de Plutarco, de la pluralidad de los amigos.

un rígido censor, debe no obstante evitar el trato de los perversos, entre quienes estaria fuera de su lugar. Uno de los inconvenientes mas molestos de las ciudades opulentas y populosas proviene de la confusa mezcla de tratos y comunicaciones: en estas sociedades se encuentran confundidas á menudo personas apreciables con hombres desacreditados y dignos del desprecio. ¡ Mas qué digo! estos son á veces no solo tolerados, sino queridos y buscados por sus cualidades festivas y genios decidores, que se aprecian y prefieren con mucha frecuencia á las dotes del alma. A falta de una censura pública que infamase á todos los malvados, los hombres de bien, estrechamente unidos entre sí, debieran escluir de sus concurrencias á estos hombres notados en su reputacion, que, porque las leyes los dejan impunes, se presentan descaradamente en todas partes.

Nada es mas extraño, ni pernicioso que la facilidad con que las personas mas despreciables, jugadores, aventureros, pícaros, estafadores y petardistas, logran introducirse en lo que se llama buena sociedad, la cual no puede menos de avergonzarse de los miembros que la componen, siendo estos muchas veces los hombres mas viles y desacreditados. Las gentes del mundo, fáciles en sus tratos y conexiones, y dominadas de un pesado y continuo fastidio, proponiéndose solo pasar el tiempo, dicen en su interior de aquellos